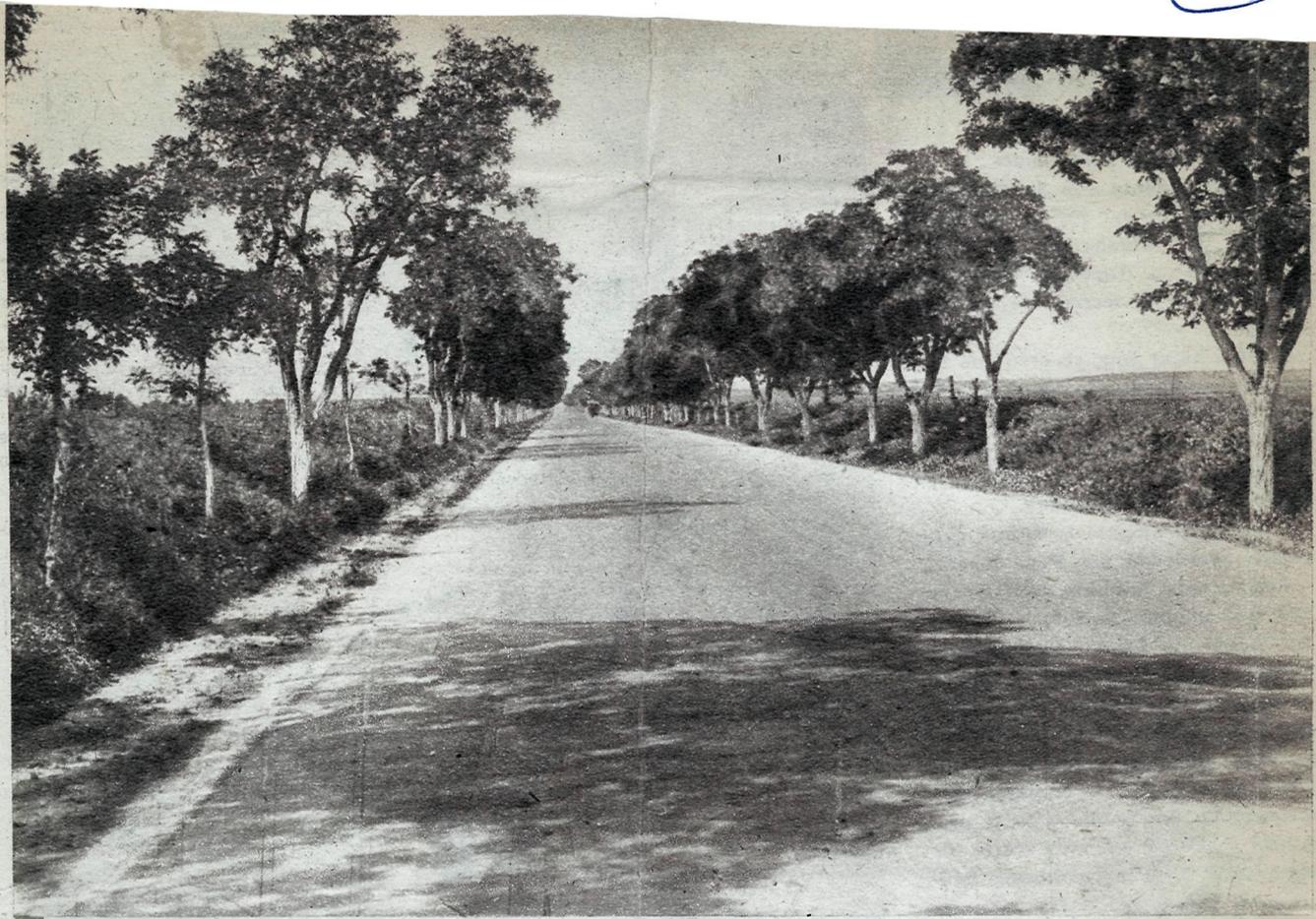


El Alex'zar 6 abril 1956 (5187)



## AGENDA DE VIAJE: EL CAMINO

**M**IENTRAS el sol se empina, pezonesamente, sobre las lejanas quebradas de la sierra, el coche inicia su camino en la tibia mañana prometedor, a través de una luz no firme todavía. ¡Cuánto le cuesta al sol esta arrancada o, para mayor exactitud, con qué morosidad, como una coqueta que cambia de postura en la playa, se va dejando la tierra tostar por su fuego! La luz, lentamente, se nos acerca, y nos envuelve, poco a poco, pero de forma inexorable.

Lleva el coche radio, y la antena busca como un alfiler el bigaro, la pulpa musical del aire. ¿Quién puede haber que trabaje para nuestro deleite a estas horas? Creemos que nadie responderá a nuestra búsqueda y, de improviso, he aquí que una música conocida se nos entra, como un rayo amigo, en el interior del coche. Es el padre Haendel. "Water music"? "Royal Fireworks"? Siempre confundo los temas de uno y otro—Haendel, por otra parte, se repitió bastante, gustó de usar temas idénticos o parecidos bajo nombres diferentes—y, ahora igualmente deliciosos ambos, tardamos en identificar éste. Un diálogo bellísimo de la cuerda y las trompas nos lo descubre. Es, sin duda alguna, "Water music".

Cada vez que oímos la radio pensamos en el milagro. Su invención es, al fin y al cabo, muy reciente. Nosotros la hemos visto aparecer, de pronto, un día cualquiera, como un regalo de reyes y aún no hemos salido de nuestro asombro. Para nuestros hijos todo será tan sencillo como lo fué para nosotros la luz eléctrica. Yo, lo confieso, ando todavía lindante con el pasmo. Resulta que, en Londres, a las siete de la mañana apenas, unos caballeros se han dicho: —Alegremos la ruta de estos señores que salen de viaje— y han colocado unos discos en el platillo de un gramófono y nos han

lanzado a miles de kilómetros su saludo como una jabalina armoniosa.

Bien está así. 1956 permite esa maravilla. Frente a nosotros, sin embargo, viene el siglo XV, el XVI o, si así os parece, la infancia del mundo: unos pobres campesinos, con sus brazadas de leña, sus barjuletas al hombro y, prendidos del ronzal, sus borriquillos. Mi gran amigo Jaime Ozores que ve tan bien como pinta, me hizo observar un día que el equivalente medieval de la vespa de hoy era el borriquillo; justamente ese borriquillo que en Norteamérica es tan raro, casi tan desconocido como aquí el oso blanco. Lo cual quiere decir que en aquellos dorados tiempos—según Jaime Ozores—el campesino español estaba tan bien artillado para el transporte como lo puedan estar hoy los obreros de Detroit. Las circunstancias han cambiado. Yo me cruzo, con una mezcla de egoísmo y de remordimiento, con esos humildes trabajadores y me abochorno de espantarles el rucio.

En este pueblecito hay capea. La plaza mayor—y única—está acotada. Unos tablones por tendidos; un callejón por chiquero; unas carretas por burladeros. Con el alquitrán de los vivas subversivos se han escrito estas tres palabras que son ortodoxia pura: Reservado para las autoridades.

Aun siendo <sup>cuanto</sup> ahora tan temprana, unos mozos parecen inspeccionar lo que esta tarde será, seguramente, ruedo. Pasamos por él mientras el reloj de la Casa Consistorial da las nueve.

En la primera curva, abandonada en el centro mismo de la carretera, una gran piedra. Calzó, seguramente, el camión averiado y a quien la acarree hasta allí le faltó la real gana para lanzarla, en catapulta, a la cuneta. Veo en esa piedra, que pudo habernos costado la vida, un dolmen de la insolidaridad nacional. Sorteamos el peligro.

En la curva que sigue se nos aparece de pronto, impresa en la fachada de una casa que avanza su tajar sobre el camino, una elocuente máxima. Apenas si tengo tiempo de leerla, porque es un poco larga. El volante titubea un poco. La natural curiosidad que inspira, no sé si habrá costado a algún fervoroso un accidente.

Álamos, bellos álamos: ya estáis aquí ("Chopos del camino blanco—álamos de la ribera..."—uno de los cien versos más sugestivos de toda la lírica castellana.) Con su corsé crema, con su ramaje, en el que fraguan los brotes iniciales de la primavera, montan su guardia, pero tan espaciadamente que entristece. Mejor es andar hoy, cuando el sol es promesa y no castigo. Dentro de unos meses, junio se desplomará crudamente sobre esta tierra. Las breves hojas de los álamos tamizarán, como puedan, el sol de entonces e intentarán hacerlo más piadoso.

Otra vez la radio. Londres se nos despide con gran cortesía y da por concluida su emisión matinal. A través de una maraña de ruidos y descargas, buscamos otro sonoro hogar al que acogernos. ¡Ah, esta voz...! ¿Qué voz es ésta tan caliente, tan sexuada? Claro, claro... ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? Es Edith Piaf. Hace medio siglo ¿cuántas voces hubiesen reconocido nuestros padres? Sólo las de su inmediato contorno: ninguna otra. Hoy, entre Edison, Lumière y Marconi, la cosa ha cambiado mucho. Tenores italianos, "chansonniers" franceses, "boys" americanos son fácilmente identificados por millones y millones de seres que no los vieron nunca. La voz de Edith Piaf, sin embargo, no está muy firmemente hospedada en el aire. Viene y se va, se adelgaza y se ensancha arbitrariamente. En el interin, Guinél de Hizan. ¿Dónde, en la toponimia española, nombres cuya eufonía aventaje a éste? Si, si...; ya

sé. Madrigal de las Altas Torres... Pero es que ese no tiene quien se le acerque siquiera en la toponimia del universo mundo...

Como Edith Piaf sigue, volublemente, visitándonos y despidiéndose, alguien propone una solución drástica: apagar la radio. Y entonces se produce en el interior del coche un silencio sedoso, casi refrescante, que nos alivia y que—confesémoslo—llega a parecernos más grato que Haendel y que Scottó. El motor ha recobrado su monocorde pero confortante runrún y el coche sigue su ruta ciegamente, donde lo lleven. Ya el sol ha asomado a la distancia su amarilla luz, como el dedo de un dómine, y nos promete un mediodía espléndoro.

Arboles talados a la altura de Villamayor de los Montes. Aún se aplatan a ambos márgenes de la carretera sus muñones. En ellos "la gracia de una nueva primavera", con que soñaba Machado, no se dará nunca. Alguien, alguna vez, supongo yo, explicará esto. Las explicaciones que he oído hasta hoy sólo me aclaran, si acaso, por qué cayeron los de la izquierda. No entiendo por qué tuvieron que caer, también, los de la derecha.

Un restaurante, de pronto, en este cruce. Banderolas, la silueta de un marmítón en la calzada y el "on parle français" y el "englisn spoken" y, por si no bastara, el "man spricnt deutsch". ¿Señor, Señor!: ¿no habrá un poquito de descaro en todo esto?

De nuevo, la radio. Como es domingo, una emisora próxima nos permite seguir la misa de precepto. ¡Oh!, el altar portátil que nuestro rey Felipe, que Dios guarde, llevaba consigo fuera de la Corte. El 1956 hubiera podido acompañarse, adonde fuese, con las preces de su Escorial difundidas "~~urbi et orbi~~", desde la aguja del cimborrio. Para nuestra misa de viajeros, Bach, calceta unas fusas. Le gusta mucho a Bach este tipo de escritura. Su música no fué claro, toda ella religiosa, pero ni uno sólo de sus compases suena profanamente bajo las bóvedas de las iglesias.

¿Haremos alto, no haremos alto? El tiempo y el buen apetito, que el aire fresco anima, regatean puerilmente. Aquí, no; más allá, más allá...

La frontera no queda muy lejos. Entonces, dentro del coche, la burocracia hace acto de presencia. Salen a fiote los trípticos y el carnet de Aduanas, los pasaportes y los visados, la varia y florida documentación que al hombre de hoy se le exige para traspasar esa raya sutil de las fronteras. ¡Oh, manes de Georges Duhamel, que había cruzado las de toda Europa con sólo una tarjeta de visita...!

Ya enfilamos la última recta, la cruz del puente Internacional y el Bidasoa. El coche rueda, superados trámites, interrogatorios y registros, sobre el asfalto del puente, y, nunca aclimatados por entero a la impresión de ese tránsito, sonreímos camino de Francia, un poquito emocionados por dentro.

PROXIMO ARTICULO:

BIARRITZ: Hotel du Palais

"el milagro"

cambio

